

“Por si nos da el tiempo”, por Julio Ramos.

Beatriz Viterbo, Rosario, 2002.

Reseña: Analía Gerbaudo: “Restos críticos: poéticas y políticas de la postcrítica”.

Ante la emergencia de una escritura siempre se corren por lo menos tres riesgos: realizar una lectura impresionista que en la urgencia del comentario no aporte nada que no aporte el libro; excederse en la apología convencional que a veces pregna en los espacios académicos o, finalmente, no producir más que un gesto reaccionario, también compelido por cierta actitud a denostar todo lo que se sale de cierto marco de prácticas.

198 199

Esta suerte de introducción no intenta sino expresar los temores que nos embargan a la hora de comentar *Por si nos da el tiempo* del crítico Julio Ramos (nombre que daría lugar a todo un desarrollo respecto de la relatividad de la propiedad del nombre, especialmente tomando en consideración la desafortunada circunstancia de llamarse igual que un periodista argentino cuyos comentarios, justamente, no merecen el menor comentario).

En *Por si nos da el tiempo*, tal vez abusando de la primera persona y de su confianza con el lector, Ramos describe básicamente el desarrollo de una entrevista que le formulara hace algunos años un periodista chileno y en esa descripción expone, desde una escritura más cercana a la literatura que a la crítica (si es que sostenemos la diferencia genérica), su relación con los estudios literarios, con la comunidad de práctica y con ciertos escritores.

“Ella también escribía postcrítica”: título provocativo para la entrevista que se adjunta a la descripción; entrevista en la que también se asumen posiciones provocativas. Por ejemplo, atreverse a sostener que la literatura es una forma de conocimiento. Postura que desde el estructuralismo a esta parte (o tal vez debiéramos decir, desde cierta lectura científicoide de las tesis del estructuralismo y de la semiótica que aún pervive como resto no precisamente fósil en algunas de nuestras aulas universitarias) habría sido eclipsada por una higiénica interpretación de la categoría de “autonomía”, opción de los “críticos tranquilizadores”, tal como observara Panesi en su lectura de Perlongher. Cruzando los límites entre teoría y literatura o, más bien, entre crítica y literatura, Ramos adjudica una tesis académica a un personaje de una novela, a un ser-de-papel, horadando la frontera que pareciera separar los mundos de la ficción y del conocimiento. Así, burlándose de su entrevistador y jugando con las expectativas y prejuicios de su lector, Ramos da cuenta de una acción pasada que no puede no ser vista como una transgresión: inscribir una hipótesis de un personaje de una novela de Piglia en una tesis doctoral defendida en un prestigioso centro académico:

Curioso, ¿no te parece que las palabras de un personaje (Renzi) cobraran tanta autoridad en una tesis doctoral aprobada en Princeton University? Los examinadores o no se dieron cuenta de que Renzi era el personaje de una novela argentina o de algún modo conocían ya la autori-

dad de las palabras de Renzi. Por otro lado, ya hoy está clarísimo que Renzi debería pasar a la historia como uno de los grandes críticos literarios latinoamericanos. (Ramos, 2002: 69–70)

La provocación de Ramos no se sujeta a la discusión respecto del funcionamiento de la literatura ni de los modos autorizados de hablar de la literatura sino que también carga con otros gestos de la comunidad de práctica. Algunos ejemplos: el crítico denuncia las leyes del género “entrevista” y su capacidad para encubrir o secuestrar o encumbrar o golpear de muerte una producción; desde el espacio de la comunidad académica se burla de las historias de la literatura cuando se formulan desde criterios asépticos y unidireccionales proponiendo a cambio un criterio poco ortodoxo y hasta aparentemente descabellado: realizar una historia literaria a partir de “los distintos encuentros de escritores en hoteles”. Hoteles en los que se tejen y se destejen relaciones que atan fuertemente los hechos y accidentes de la vida privada con la resolución de una posición respecto de la literatura. Ahora bien, con relación a esta última “transgresión”, Ramos no se queda sólo en la propuesta: *Por si nos da el tiempo* también ensaya una escritura que intenta condensar fragmentos de la historia de la literatura producida en América a partir de relatos que conectan la literatura de Sarmiento y de Martí pero que fundamentalmente se centran en el intento de (des)velar la visión del mundo que ambos autores sostenían a partir del modo en que sus descripciones de viajes dan cuenta de los hoteles en los que dormían. Epigramático, Ramos sostiene: “Sarmiento escribió más sobre los hoteles que sobre las escuelas (...) Para Sarmiento (...) la altura de una civilización podía medirse en los metros cuadrados que ocupaban sus hoteles. (...) Para Sarmiento el hotel era el lugar emblemático de la cultura moderna. A Martí la vida moderna le parecía un cuarto de hotel, en el peor sentido”.

Ramos carga también con la relación entre literatura y fuerza política, entre literatura y perlocución. En un gesto que no pareciera ser sino un guiño al lector, Ramos se detiene en el relato de una historia:

La historia es linda, sé que la tengo que haber dicho ya en otra parte. Genet recuerda cuando lo llamaron ladrón por primera vez, todavía de chico. En ese mismo momento de la frase ‘ladrón’ –bien pudo haber sido otra cosa– se hace ladrón. El momento de la interpelación fue terrible pero resultó ser irónicamente feliz, recordaba Genet (en el libro de Sartre) pues le permitiría pronto acostarse con otros ladrones y varios policías. El relato de Genet comprobaba los postulados de la lingüística de Austin: aquello de cómo hacer cosas, o sujetos, con las palabras. (Ramos, 2002: 54)

Tal vez este relato de Ramos funcione como una interpelación a la comunidad de práctica respecto de su propia posición en relación con la literatura: de la fuerza perlocucionaria de la literatura casi no se habla en el mundo académico, respetando de un modo casi religioso los criterios de inclusión y de exclusión sostenidos por Austin. Criterios que no obstante ya por el ’72 revisara Derrida al introducir en el análisis del filósofo del lenguaje justamente los géneros del discurso que el lingüista, de modo tan prolijo, se cuidó en excluir.

Finalmente, si la crítica de Ramos es provocativa también lo es por su escritura: una escritura que no se ajusta a los modos tradicionales e incluso no tradicionales de la crítica actual alineándose en el género que encuentra en *Glas* (Derrida, 1974) y en *Fragmentos de un discurso amoroso* (Barthes, 1977) a sus textos fundacionales. Formas de escritura de borde entre la literatura y la filosofía, entre la literatura y la crítica, entre la teoría y la autobiografía. Inscripciones discursivas que tensionan la capacidad de resistencia de las comunidades de práctica para mostrarlas justamente en el punto en que ejercen su poder con mayor virulencia: los acuerdos respecto de lo que se excluye y de lo que se integra como válido o legítimo o digno de ser considerado como parte del campo.

Evitar que la literatura se coma los restos del banquete pero también, evitar darle un golpe mortal a partir de los rictus de un metalenguaje a veces gratuito (a veces, no más que un mero alarde de la pertenencia a una tribu, a un grupo de iniciados que parecieran no ver hasta qué punto son producto de aquello que tal vez pretendan evitar): ésta también parece ser una de las búsquedas de Ramos.

Tal vez exagerando o sacralizando o generalizando la tesis de Piglia (o de Renzi) que sostiene que la crítica es una forma de la autobiografía, Ramos confiesa casi al inicio de su texto:

Ahora me toca hablar de otro tipo de accidentes. Han sido ocasionalmente sucesos mínimos, aparentemente inocuos. Otras veces son francamente calamitosos y se les nota de lejos la cresta de fuerza arremolinada cuando uno los ve venir, si es que por alguna coincidencia nos da el tiempo para anticiparlos y calcular las distancias. (Ramos, 2002: 14)

Elegimos cerrar esta invitación a la lectura con estas frases que expresan por analogía nuestra posición con respecto al texto que aquí comentamos: un texto que parece inscribirse en un modo de escribir practicado por la crítica contemporánea pero que presenta aquí un nuevo registro. Esperemos que nos dé el tiempo para descubrir el devenir de esta poética que supone una política de la escritura y una política del conocimiento.

En la contienda respecto de los modos de decir sobre la literatura se juega también una relación central para la investigación y para la enseñanza actual y futura. Una relación que requiere una actitud de vigilancia epistemológica en las comunidades de práctica; actitud que como tal supone también una vigilancia política y estética. Es importante que empecemos a discutir cómo *escribir* cuando hablamos de literatura en el marco de los aparentemente reglados y ortodoxos intercambios universitarios (siempre que podamos sostener que estamos hablando de literatura cuando decimos que hablamos de literatura). El texto de Ramos es también un pretexto para re-tomar esta discusión que suele presentarse cuando en los congresos, en los encuentros de especialistas, en los artículos, etc algunos intelectuales prefieren llamarse “escritores” y no críticos, otros sacan sus credenciales de pertenencia a una agencia de investigación, otros se ubican en su rol de “profesores”, etc.. En estos posicionamientos también se juega una concepción de la literatura y una concepción del conocimiento que es necesario explicitar y luego, poner en discusión.